

Lamentos de un molino

UNA DE LAS MÁS IMPORTANTES ENTIDADES DE GRANMA ESTÁ CLAMANDO POR SANGRE JOVEN

Texto y fotos OSVIEL CASTRO MEDEL

Los molinos trituradores de piedras dejan una nube de polvo. Tenemos que atravesarla a pleno mediodía para llegar hasta el puesto de Gilberto Villariño Benítez.

Él es, con 23 abriles, uno de los personajes del Combinado cantera y hormigón Ramón Viamonte, instalación conocida popularmente como El Cacao -por el sitio donde está ubicada- y que produce grava, granito, arena, rajoncillo, polvo, bloques y otros materiales para la construcción.

Este muchacho se encuentra entre los “llamativos”, porque en esa entidad, surgida el 16 de septiembre de 1963, resulta difícil encontrar a personas de su edad.

“Me gradué como Técnico de Nivel Medio en Contabilidad, pero fui aprendiendo de este mundo y hoy tengo la responsabilidad de ser el jefe de patio”, comenta para referirse al terreno donde se cargan los camiones con esos materiales. “Me gusta mi trabajo, aunque el polvo y la construcción no son atractivos para muchos de mi generación”, asegura.

Sus palabras hacen meditar. El Cacao, como otras industrias o fábricas cubanas, está sufriendo un proceso de aumento del promedio de la edad laboral o de ausencia de sangre joven.

En esa unidad empresarial de base (UEB), a la que acuden clientes de las cinco provincias orientales, la “media primavera” del colectivo (137 hombres y 17 mujeres) es de 47 años. Tal cifra parece por las nubes si pensamos en el esfuerzo físico que se necesita para trabajar en la mayor parte de los puestos.

Apenas 21 personas están por debajo de las tres décadas de vida y solo 30 navegan por el rango de 30 a 40 años. Lo peor es que pronto decenas de obreros tendrán edad de jubilación y no se vislumbra una cantera para ocupar tales vacancias.

Los propios veteranos de la UEB, como el mecánico Manuel Morales Osorio (64 años), la pañolera del taller industrial Edvia Castro Corrales (64), el logístico Edilberto Labrada Arias (63) y el jefe de turno Guillermo Argote Araújo (62) están preocupados por el mañana.

Ellos han hecho sus vidas en El Cacao y algunos tuvieron el privilegio de ver levantadas sus casas, gracias al apoyo institucional después de mucho desgaste. Sin embargo, no tienen la certeza de que los más nuevos permanezcan largo tiempo.

Incluso, otros que aprendieron de ellos y maduraron entre molinos, como Magdiel Sol Corrales, Elvis Carvajal Cabrales y Vicente Naranjo Rosales, quienes están entre 50 y 60 años, admiten que hay incertidumbre con el imprescindible reemplazo generacional.



El Cacao produce unos 10 elementos para la construcción, además de bloques

Tal vez, tengan esas dudas porque en el último lustro han ingresado 26 jóvenes y de ellos solo 13 permanecen en esa singular industria.

El engrasador Roberto Carlos Mendoza Arévalo, de 26, y el operador René Mora (31) son dos de los que se han quedado, estimulados por “el buen ambiente y el compañerismo reinante”, aunque reconocen que los incentivos económicos son pocos, pues el salario promedio ronda los 600 pesos (con posibilidades de aumento en dependencia de los resultados).

Los longevos jamás olvidan la época dorada de El Cacao, cuando producían más de un millón 200 mil metros cúbicos de materiales (década de los años 70 al 80 del siglo precedente) y más de 330 mil bloques anualmente, incomparables con la etapa actual, en la que apenas concretan un 25 por ciento de la primera cifra. Entonces la cantidad de combustible asignado era alta, otro punto muy diferente al presente. La situación energética lastra sueños y acorta metas.

Esos veteranos han visto cómo quedó parada una de las líneas de producción y el envejecimiento de la técnica, una realidad que implica ingeniosas inventivas para mantener vivos los molinos, desde el primario hasta el terciario.

Aun así, conocen que esa UEB sigue siendo importantísima para muchas de las obras de Granma y el resto del oriente cubano.

Todos creen que la escasez de fuerza joven no solo se debe a los bajos salarios en tiempos de poca producción. También influyen la lejanía del lugar -distante de centros poblacionales (30 kilómetros de Bayamo y 20 de Jiguaní)-, la poca autonomía económica de la unidad -sujeta a normativas emanadas desde estructuras empresariales- y la estabilidad del colectivo laboral, al que le fue cayendo el inexorable peso del reloj.

“Hay un cambio de mentalidad en los que van surgiendo, no piensan igual y eso es lógico. Habrá que trabajar con ellos y estimularlos como sea posible”, asevera Manuel Morales.

Los directivos de la Empresa de Materiales de la Construcción de Granma, a la que pertenece esta UEB, no están de brazos cruzados. Tienen convenios con las universidades de Moa y de Granma, con el objetivo de incorporar a los jóvenes cuando terminen sus estudios.

“Hace unas semanas llegaron cinco egresados de la Universidad de Granma (dos de Ingeniería Industrial y tres de Mecánica) y de seguro fortalecerán la entidad. Ellos son potenciales directivos de cara al futuro, pues estos procesos productivos también requieren de personal calificado”, opina Felipe Reyes Capote, director de desarrollo de la citada empresa.

Reyes Capote acota que han establecido lazos con dos escuelas técnicas del territorio y algunos de sus graduados han llegado a El Cacao, pero ha sido difícil retenerlos, debido a que un grupo grande ha emigrado al trabajo por cuenta propia.

Uno de los que pudiera blasonar de su sentido de pertenencia es el ingeniero en Minas Lisbán Fernández Jorge, actual director del Combinado cantera y hormigón Ramón Viamonte.

Él hizo su trabajo de diploma precisamente allí; al graduarse laboró como especialista en explotación de yacimientos, luego fue jefe de producción, más tarde cumplió misión internacionalista en Guinea Conakri, tras su retorno se convirtió en jefe de turno y el año pasado llegó la merecida promoción al cargo de director.

De modo que, con 41 primaveras, quisiera que todos los pinos nuevos siguieran sus pasos. No solo está preocupado por el relevo generacional, sino también porque determinados oficios se están perdiendo, como el de operador de buldócer.

“Nosotros contamos con uno solo en toda la industria y es de Guisa, ya está en edad avanzada. De las escuelas técnicas no han salido jóvenes especializados en esa labor, tal vez porque no se esté estudiando”, dice.

Agrega, asimismo, que es difícil encontrar mecánicos A, porque “no entran”. “Estamos tratando de formar uno con las experiencias laborales del que tenemos”, alega.

Fernández Jorge es de los que no se amilanan y de los convencidos de los necesarios cambios, por eso considera que en el futuro la realidad mejorará. “Seguimos explorando todos los caminos, relacionándonos con las escuelas cercanas, tratando de cautivar a los jóvenes para que El Cacao crezca, se consolide, para que jamás muera”, concluye.



Manuel Villariño pasó de la Contabilidad a la construcción



Lisbán Fernández está vinculado a El Cacao desde 2003

